

Los chupatintas de Isabel

(Año 1492)

El gusanillo es el gusanillo, y por culpa del gusanillo sólo tardé siglo y medio, aproximadamente, en tragarme mi solemne promesa. Siempre me ocurre lo mismo. Pese a lo canutas que las pasé cuando a mi tocayo el Megaduque se le fue la pelota, en el fondo me atraía su tierra. Tenía cosa, aquella Península con sus reinos cristianos llenos de moros, sus reinos moros llenos de cristianos, sus reinos moros y cristianos plagados de judíos, sus ciudades habitadas por fieles y conversos de diversas creencias... Las Españas medievales eran un mogollón que molaba, y como a mí me mola lo que mola, cuando se me pasó el mosqueo con Roger de Flor, busqué un huequecillo en mi agenda terrícola y, en cuanto tuve ocasión, agarré un platillo y aterricé en uno de los picos de Siete Picos, entre lo que ahora son las provincias de Madrid y Segovia. Sería el año 1470, lustro arriba o abajo. Eché un vistazo por la zona y me decidí a visitar la ciudad más cercana, que era Segovia. A lo lejos se veía mucho mogollón en las cercanías del Alcázar.

Qué pasada, el Alcázar, qué castillo, qué almenas, qué chachi su forma de barco en la parte que da a los barrancos. Como os decía, se observaba movida. Venga nobles, con sus caballos enjaezados que te pasas, con sus estandartes, con sus armas. Y venga clérigos, también con sus galas más potentes. Y las gentes humildes, cantidad de contentas, salto va y salto viene. «Debe de haber fiesta mayor», me dije. «Voy a echar una visual». Y la eché, y vi que aquello no era una fiesta propiamente dicha, sino la proclamación de la princesa Isabel como Reina de Castilla.

Siglos más tardé me documenté, y pude saber que el día de mi nueva llegada a la Península fue el 12 de diciembre de 1474. Recuerdo un cacho de cadalso en el que se había subido un taco de morrícolas, con pendones por un tubo, que gritaban como chiflotas: «¡Castilla, Castilla! ¡Por el rey don Fernando y la reina doña Isabel, su mujer, propietaria d'estos reinos!». Lo que parecía un verbenón medieval era, pues, un momento histórico en grado sumo. Desde aquel instante empezaba a reinar en Castilla la que luego se llamó Isabel la Católica, hermana del difunto rey Enrique IV. Parte de la nobleza la apoyaba, frente a Juana, hija del muerto y sobrina de Isabel, creyendo que sería más manejable para sus intereses. Y un cuerno, más manejable, la Isa; como luego la llamábamos mis colegas funcionarios y yo. Menuda marimandona. Y su marido, Fernando de Aragón, otro marimandón de aquí te es-

pero. Juntitos propiciaron un gran cambio en los reinos peninsulares.

Como una de las cosas que les gustaba era reforzar el Estado, o sea, crear nuevas policías y tribunales y organizaciones para cortar el bacalao en los municipios y esas cosas, pronto hubo mucho curro de funcionario. Ideal para mí. Un funcionario siempre es un menda que vive tranquilito, sin escabechinas ni mamporros, con su horario, sus tareas muy claras, mucho tiempo libre y todas esas cosas. Al menos eso pensaba yo, cuando esperaba para ser recibido por el corregidor don Alfonso del Fierro, más conocido como Alfonso *el Empapelador*. Normalmente, los corregidores eran altos funcionarios nombrados por Isa para controlar las ciudades, pero éste no tenía ciudad, sino que estaba encargado de todo tipo de cosas, entre ellas reclutar chupatintas eficientes. Lo llamaban «el Empapelador» porque también abría investigaciones sobre los funcionarios que no funcionaban, o que le echaban morro y se aprovechaban. Menudo era Alfonso. Como te hiciera unos papelitos, se te caía el pelo. A mí no me empapeló, sino que me contrató. Pronto fui amanuense adjunto del corregidor de Villalpando, para la leva de servidores de Castilla. O sea, que apuntaba a todos los que eran reclutados, a la fuerza o como voluntarios, para las batallitas de Isa y su señor esposo.

Al principio, todo chachi. Isabel y Fernando parecían tranquilitos y no había mucho curro. Pero

aquello fue un espejismo, colegas. Castilla era mucha Castilla, y no tardó en liarse todo. Para empezar, Castilla, que había nacido como condado repoblado por vascos, cántabros y astur-leoneses, acabó siendo un reino cada vez más importante. Desde los tiempos de Fernando el Santo y mi amigo Fonsito el Sabio, era el reino cristiano más grande de la Península, con salidas al mar Cantábrico y al océano Atlántico. Superada la gran peste del siglo XIV, que mató a muchísima gente en toda Europa, Castilla vivía una época próspera por un tubo. Los grandes ganaderos ovejeros habían formado una asociación, la Mesta, y producían lana para dar y tomar. Y la lana era muy apreciada en todas partes. Vendían lana a la Cristiandad en pleno. Medina del Campo, Valladolid y Burgos molaban un mazo desde el punto de vista económico. Los comerciantes burgaleses estaban hasta en Flandes, vendiendo lana, los tíos... Quiero decir con este rollo que Castilla importaba, y mucho. Y a Portugal y a Francia les mosqueaba que Isa estuviera casada con Fernando, heredero del trono catalano-aragonés, porque, cuando muriera el padre de Fernando, se iban a juntar dos cacho reinos que a ellos les podían hacer la pirula. Por eso hubo guerra de portugueses y franceses contra Isa y su marido. Grandes nobles castellanos se unieron a los enemigos de Isa, porque veían que Isa no les bailaba el agua y les recortaba influencia, y venga a chincharles. Isa quería dar mucho poder a la corona, quitán-

doselo a los grandes morrícolas medievales... El caso es que en cuanto empezaron las guerritas, a mi menda se le acumuló el curro.

Tres éramos los «amanuenses para la leva de servidores de Castilla, al servicio del corregidor de Villalpando». Uno de ellos se llamaba Daniel López y López de Abraham, un colega estupendo y la mar de listo, cuya familia, judía, se había convertido al catolicismo algunos años antes, más que nada para que dejaran de tocarles las narices, pues en la Península, como en toda la cristiandad, se les tenía mucha tirria a los judíos. El segundo era Luis Sánchez y Sánchez, antes llamado Alí Ibn Muley, otro colega chachi, cuya familia había sido musulmana hasta la generación anterior y se había convertido por razones parecidas a las de la parentela de Dani. El tercero era yo. O sea, un judío converso, un morisco converso y un extraterrestre. Menos mal que Alfonso *el Empapelador* no se fijaba mucho en esas cosas.

Dani, Luisito y yo curramos cantidad en la guerra contra portugueses y franceses. Alistamos mogollón de reclutas, hasta que Fernando, con sus tropas, venció a los portugueses en la batalla de Toro y se acabó aquella escabechina. Pero el curro más gordo consistía en apuntar a los mendas de la Hermandad. La Hermandad era una especie de policía campestre que se inventaron la Isa y su marido para que hubiera guripas en todos los pueblos, aunque fueran pequeñitos, y poder acabar así con

el bandolerismo reinante. Había mucho bandolerismo, es verdad. A Dani, al Luisito y a mí nos asaltaban cada dos por tres. Había bandoleros a los que conocíamos como si fueran vecinos. Íbamos por un caminillo, de Villalpando a Zamora y de Zamora a Villalpando, y ,«zas», nos salían los bandoleros y nos dejaban sin un chavo, una vez sí y otra también. Y siempre eran los mismos. Al final, como éramos buenos clientes, nos hacían descuentos. Pero la cosa se acabó con la creación de la Hermandad, que se convirtió en una gran fuerza armada de la corona. Además de la Hermandad, la Isa y el Fernando nombraron corregidores por un tubo para controlar los municipios, que eran muy importantes en toda Castilla; y se inventaron la Chancillería, en Valladolid, para controlar la justicia. También se sacaron de la real manga un Consejo Real, o sea, algo así como el gabinete de ministros, en el que los grandes nobles feudales no tenían voto. Total, que, entre pitos y flautas, Isabel y Fernando acabaron haciendo un Estado marimandón, limitando el poder de los antiguos morrícolas, aunque no sus riquezas ni su influencia, no os creáis. Ellos hicieron una Castilla más moderna, con muchos más funcionarios, dando privilegios a los ganaderos de la Mesta y a los comerciantes y burgueses que empezaban a hacer negocios suculentos, y a los marinos vascos, que crearon la escuela de navegación de Cádiz... Hicieron muchas cosas, unas buenas y otras malas. Porque también crearon la Inquisición, una

institución destinada a localizar a los judíos conversos que sólo se habían convertido de boquilla. El que más se empeñó en crear ese marrón fue Fernando. La verdad es la verdad. Como suele pasar en estos casos, la Inquisición acabó metiéndose no sólo con los que se convertían de mentira, sino con todos los judíos, y luego con los que se llamaba «herejes», o sea, los que no seguían las doctrinas católicas oficiales, e incluso con muchísimos que no eran ni judíos ni herejes, sino simples víctimas de chivatazos de vecinos que les tenían tirria... un marrón, como digo.

Todo esto fue pasando al cabo de los años. Todo esto y mucho más. Cuando, en 1479, palmó el papá de Fernando, éste se convirtió en Rey de Aragón, y el matrimonio controló, por tanto, los dos reinos más molonguis de toda la Península. Fue entonces cuando formaron una doble corona muy potente. Pero, aunque eran un matrimonio bien avenidao, cada uno tenía sus cosas, o sea, sus reinos; puesto que los reinos seguían separados. Cuando Colón empezó a descubrir y a conquistar tierras americanas, esas tierras fueron incorporadas a la corona de Castilla. Cuando tomaron Granada, igual. Y cuando los catalano-aragoneses se hicieron con Nápoles, fue para la corona de Aragón, no para la de Castilla.

Mientras pasaba todo esto, nosotros, en Villalpando, copia que te copia, a gustito, la verdad. Sólo nos hacían salir de allí para currar de copiotas

en las Cortes. También en Castilla había Cortes, en las que, desde siglos atrás, se reunían los nobles y el clero, y últimamente los morricolas sin título o grandes burgueses, para tomar decisiones sobre coronación de reyes, grandes leyes económicas y cosas por el estilo. Pero la Isa y el Fernando, empeñados como estaban en controlarlo todo, reunieron las Cortes sólo cinco veces en todo el reinado. Por todo el morro. Y además se las apañaron para que a las Cortes fueran mendas de su confianza. Esto significó, para nosotros, mucho menos curro del previsto. Pero, a cambio, nos cayó, por eficientes, un marrón de mucho cuidado, pues fuimos elegidos, entre todos los amanuenses de los reinos católicos, para currar en las levadas de soldados para la guerra de Granada. La guerrita de marras duró un cacho, nos dio gran cantidad de problemas y acabó mal para mis dos colegas, y, por lo tanto, para mí.

Creo recordar que fue en 1482. La Isa y su marido habían arreglado sus problemas con portugueses y franceses, tenían medio metidos en vereda a los grandes magnates e iban haciendo sus cosillas más o menos como habían previsto. Y entonces les dio por terminar la Reconquista, o sea, por conquistar el último reino de al-Ándalus, el de los nazaries españoles, los de Granada. Un año antes, los musulmanes habían metido la gamba, porque tomaron Zahara por sorpresa, y menudos eran la Isa y su marido. Se armó. Los reyes cristianos organizaron un gran ejército, para lo cual tuvieron que reclutar a tro-

che y moche. ¿Y a quién le tocó apuntar a los reclutados a troche y moche? Pues a Dani, a Luisito y a Roger Ax, que por orden real tuvimos que dejar Villalpando y marchar con el ejército atacante en calidad de chupatintas apuntícolas. Diez añitos apuntando, que estuvimos, porque la escabechina fue larga y difícil, y les costó un pastón a Fernando e Isa, y fue sangrienta que te pasas. Las crónicas contaron luego la cosa como si hubiera sido un paseo que acabó pronto porque el rey granadino Boabdil era un llorica. Y un cuerno. Todo empezó con el intento castellano-aragonés de tomar Loja. Fiasco que te crió. Al año siguiente quisieron conquistar Málaga. Otro chasco. Eso sí, durante el fracaso de Málaga, los cristianos apresaron a Boabdil, hijo del sultán Muley Hacén. El hijo, por cierto, andaba peleado con su papá, de manera que fue puesto astutamente en libertad por Fernando e Isa, bajo la promesa de que, en su día, si sucedía a su padre, entregara Granada sin dar mucho la matraca.

Hacia el 1485 o por ahí la cosa se puso más seria. Se reclutó a tope y se atacó más a lo bestia. Ahora sí, fueron cayendo Ronda, Loja, Málaga, Baza, Guadix, Almería... Y allí estábamos, en cada asedio, los apuntadores, apuntando a todo bicho viviente que se apuntaba. Y había muchos y muy variados bichos vivientes. Todos juraban ser castellanos hasta la médula. Nosotros, en una tienda, en una tosca mesa de campaña, con tinteros y plumas, escribíamos lo que nos decían:

–Buenas.

–Buenas. ¿De dónde es vuesa merced?

–Castellano de cien generaciones.

–¿Nombre?

–Piero Cósimo de Tarantini.

–Mejor le pongo Pedro de la Cosa, que queda más castellano.

–Vale.

Otros castellanos de cien generaciones venían con turbante o hablaban un portugués o un francés de no te menees. Porque en la guerra de Granada se juntaron gentes de muchos lugares. Era como la última Cruzada y, a la vez, empezaba la movida del Renacimiento. Todo quisqui quería correr aventuras, conocer lugares, descubrir cosas. Finalmente, únicamente quedó la propia Granada, ya con Boabdil de sultán, tras conspirar contra su padre. Boabdil no se acordó de lo que pactó con la Isa y su marido cuando lo pusieron en libertad, y resistió. Allí estuvimos, ante las murallas de la ciudad, otra temporada. Esta vez, para sostener el asedio no se hizo un campamento, sino una ciudad militar completa, a la que se llamó Santa Fe. Y en Santa Fe seguimos apuntando a genoveses, vizcaínos, portugueses, valencianos y gentes de mil sitios que querían luchar. Y por allí pasó un italiano muy simpático, que se hizo amiguete nuestro. Era Cris, o sea, Cristóbal. Estaba un poco de los nervios. Siempre tenía prisa. «Disculpádmeme, tengo que descubrir las Indias», nos decía, cada vez que nos lo

encontrábamos y lo invitábamos a charlar un rato. Y salía pitando. También pasó por allí el Zalo, o sea Gonzalo. Era un casta. Su nombre completo creo que era Gonzalo Fernández de Córdoba. Un luchador nato, el tío. Luego supe que acabaron llamándolo «el Gran Capitán», porque conquistó tierras por un tubo en Flandes y por ahí.

Granada fue tomada en 1492, el mismo año en que Cris dio el pelotazo e hizo el descubrimiento de su vida. Esta vez no pasó lo que en Málaga, cuya población hispano-musulmana fue capturada y vendida como esclava al completo. Esta vez se respetaron las propiedades y las costumbres de los cincuenta mil granadinos, pero se intentó convertirlos al catolicismo. Primero probó suerte el confesor de la Isa, fray Hernando de Talavera, por las buenas, predicando y esas cosas. Después se encargó de la conversión el cardenal Cisneros, un hueso, no tan por las buenas.

España era, pese a todo, el último territorio cristiano medieval en el que se toleraba a los judíos y a los musulmanes. Pero eso se acabó en aquel tiempo. Hubo disposiciones reales por las que se daban cortos plazos de tiempo a judíos y moriscos para hacerse católicos o salir de la Península. De todas formas, los que se convertían quedaban en situación chungu, porque la Inquisición sospechaba de ellos. Así era la cristiandad entonces. Luisito y Dani pertenecían a familias que decidieron abrirse. Y yo, si se iban mis colegas, no me iba a quedar,

¿no? Me abrí, algo disgustado, cuando la doble corona castellano-aragonesa estaba en todo su esplendor. La Isa y su marido empezaban a mandar en muchos lugares fuera de la Península. Se veía que sus sucesores iban a acabar teniendo un Imperio. Un Imperio, Imperio; megamolón, vamos. Pero ésa es otra historia.